

EN RONDA CON PEDRO ROMERO

(Andanzas de un corresponsal en Málaga)

El tren de Málaga para Ronda sale a las nueve y media de la mañana. A las doce se llega a la ciudad del célebre tajo. Estos cortos viajes en ferrocarril son muy placenteros para todos aquellos que gustan de contemplar los paisajes sin el afán de llegar cuanto antes a un determinado sitio. El tren no se apresura, no se sale de su paso; cincuenta kilómetros a la hora, que ya está bien. En esta viajata de Málaga a Ronda hay que hacer trasbordo en Bobadilla. ¡Los trasbordos! ¡Ya apenas hay trasbordos ferroviarios! A mí no me resultan incómodos; me resultan hasta divertidos, sobre todo no llevando equipaje. Lo tremendo de los viajes son las maletas. Y no digamos nada de los baúles. Ya los baúles están en una absoluta decadencia, gracias a Dios, porque cuidado que eran engorrosos. No es que tuviera uno que cargar con ellos auestas, pero complicaban mucho los desplazamientos. ¡Aquellos baúles llamados mundos, supongo que por su capacidad; pues, en efecto, allí cabía el mundo y sus habitantes! ¡Cargar con el mundo para irse a Valladolid! Era demasiado. Yo siempre me las he apañado con un maletín chiquitín, porque no soy partidario de cambiar de traje. Cambiar de traje para los que utilizamos los bolsillos para llevar cosas supone poco menos que una mudanza de casa. Ya sé que los bolsillos no están hechos para llevar cosas, pero uno hace tiempo que renunció a la elegancia y prefiere la comodidad. Y nada más cómodo que identificarse con un traje que tantos días convive con uno; con sus bolsillos ya convenientemente deformados, amoldados a los papeles, a las llaves, a los chismes de fumar, a las fundas de las gafas, etc.

En Ronda sólo iba a estar unas horas, de manera que me metí en el tren como quien toma el tranvía. Y encantado con la diversidad de paisajes que fui contemplando, descendí en la estación rondeña, y pian pianito me dirigí derecho a la plaza de toros. Allí estaba citado con Pedro Romero. Pedro Romero se murió el año 1939. Pero permítidme una ficción. Permítidme que lo imagine vivo, robusto, vigoroso, gallardo, jacarandoso, tal como fue. ¡Qué hombre tan cabal Pedro Romero! Vivió ochenta y cuatro años. Como torero es, sin disputa, el más grande de todos los tiempos de la torería. Como hombre fue paradigma de honrabilidad. Y allí estaba—en mi imaginación—a la puerta de la plaza de toros, que él ilustró con fabulosas hazañas. Portada neoclásica (como toda la plaza), perfecta en su sencillez. Dos columnas, un frontón, y en su centro el escudo de la Real Maestranza de Caballería, un balcón con hierros repujados con motivos taurinos. Entramos en la plaza. Su ruedo está poblado de chiquillos que juegan al fútbol. Pedro Romero se me queda mirando y se echa a reír. Y me dice: "Los tiempos. Si viniera usted en verano vería aquí un cine." E imperiosamente ordena: "¡Niños, dejar de pegarle patadas a la pelota y a las espinillas de los amigos, que ha llegado un turista!" La chiquillería obedece y se repliega en un rincón. Las dos filas de columnas, tan esbeltas, tan armonizadas, nos saludan: "¡Casi nada, es mi plaza; más bonita no la ha habido, ni la hay, ni la habrá! No tiene barrera. A un torero no le hace falta. A un torero para torear sólo le hace falta un toro. No se sonría usted, que no he dicho una perogrullada. ¿Ve usted ese toril? Pues antes por él salían toros; hoy salen monas sin cuernos, porque les cortan las puntas, y un toro con los cuernos despuntados no es un toro, es un carretón "pa" que los niños juegan con él; pero, ya ve, los niños juegan al fútbol en el ruedo de la plaza de toros de Ronda, y esto a mí ni me molesta ni me encocora; lo que me indigna es que toreros hechos y derechos jueguen aquí con toritos inofensivos. ¡Los tiempos! Uno se murió a su hora. Vámonos para

la Alameda, que quiero que vea usted desde allí el tajo."

Desde la Alameda no sólo se ve el tajo, se divisa asimismo dilatado horizonte arrobador. Pedro Romero y yo nos extasiábamos. Pedro Romero dice: "No, no fueron tontos los cartagineses que fundaron en este lugar la antigua Acinipe... ¿Qué se creía, que yo era un analfabeto que no sabía más que matar toros a ley? Yo de Ronda me lo sé todo. Aquí estuvieron también los romanos. Yo conocí de chava las ruinas de Arunda, la ciudad romana, y mi abuelo me contaba que por las orillas del Charco Lucero pacían caballos alados. ¡Lo que hubiera dado yo por ver caballos con alas! Y eso que algún jaco de los contrabandistas de mi época corría como si las tuviera. Tuve yo uno, el "Marchoso" se llamaba, que era un rayo galopando. Los árabes sí que se en-

contraron a gusto en Ronda. Sus reyecuelos se la disputaron con encarnizamiento hasta que los Reyes Católicos la conquistaron en 1485. ¿A usted no le hubiera gustado ser moro? A mí sí, aunque soy cristiano viejo y siempre fui temeroso de Dios, que mucho me ayudó en mi vida. ¡Caleñe usted! Cerca de seis mil toros maté sin un solo grave percance. ¿Le parece que nos vayamos hacia el puente que llamamos el Nuevo, aunque es más viejo que yo?"

Este puente es el que une las dos orillas del descomunal tajo creado por la naturaleza. La cabeza más firme siente vértigo al mirar para abajo. Los ojos y el ánimo se suspenden. Pedro Romero me informa: "Treinta años tenía yo cuando se empezó a construir en 1784. De Málaga vino el arquitecto D. José Martín Aldehuela, que fue el que lo proyectó. ¡Pobre D. José! Aún me parece que le estoy viendo, montado en un torno que había dispuesto para vigilar los trabajos. Era un buen amigo mío, y le dije: "Don José, ¿no le da a usted miedo subirse en ese aparato?" Y él me contestó: "¿Te da a ti miedo matar un toro?" "A mí, no, don José, porque conozco sus resabios y mi oficio." "Pues yo también conozco el mío." ¡Pobrecillo!, el torno le falló un día y ahí junto a esas peñas se estrelló. Fue una lástima, porque era una gran persona y gran arquitecto D. José Martín Aldehuela. Ahí, en ese balcón que ve usted sobre el primer arco, estaba en mis tiempos la cárcel, hoy transformada en un bar. ¡El cambio que ha pegado es regular! Por supuesto, como Ronda entera. Si quita usted los monumentos artísticos que quedan y unas cuantas casas, esta Ronda de ahora no tiene nada que ver con la mía: le ha sucedido al revés que a los toros. Los toros han disminuido y Ronda se ha agrandado. ¿Qué tal la encuentra usted? Le diré mi verdad: yo soy de otras calendas y, sin embargo, esta ciudad de ahora me gusta tanto o más que aquella otra que me vio nacer y morir. ¿No sabe usted que le han dado mi nombre a una calle? Está aquí cerca, frente a la plaza de toros. ¿Nos pegamos una vuelta por ella? Estoy muy orgulloso de mi calle. ¿Y a que no sabe usted cuál es mi ilusión? Que nazca en ella un gran torero. ¿Qué tal mi calle? ¿Verdad que es muy rondeña? Entraremos en esta tabernilla, que un vaso de vino nunca cae mal. Y ahora tiene usted que ver nuestra iglesia de Santa María la Mayor y la plaza que hoy se llama de la Duquesa de Parcent. A mí es un rincón de Ronda que me gusta mucho. Después nos perderemos por las callejuelas. Y echaremos un párrafo delante del arco del Silón del Moro, que es la entrada al barrio de Santa Cecilia. Allí vivía la primera chavala que me dio la conversación. Yo no he sido muy noviero. Los toros tiraron de mí desde muy joven. Ya sabe usted que mi padre, Juan, y mi abuelo Francisco, fueron matadores de toros. Mi abuelo fue uno de los primeros que perfeccionaron el arte de torear a pie, allá por los años de 1726, y el que inventa la muleta y el primero que se atreve a matar un toro cara a cara. En mi familia paterna era tradicional el oficio de carpintero de ribera. Yo también lo seguí, pero pronto me cansé. No se lo oculto: mi sueño fue ser mejor torero que mi padre y que mi abuelo, y a serlo me apliqué desde que tuve uso de razón. Y para ser torero las mujeres están de más, son un estorbo."

Mi ideal cicero me fue mostrando lo que su pueblo encierra digno de verse, que es toda Ronda. Recorrimos el barrio de San Francisco, el del Mercadillo, que fundaron los Reyes Católicos, la puerta árabe de Almoçábar. Visitamos la Casa de los Gigantes, vivienda que fue de un potentado moro; la Casa de Mondragón, con su portada renacentista. Al llegar la hora de comer, Pablo Romero se despidió de mí. "Que le aproveche, amigo, que yo me vuelvo a mi cachito de cielo." Estábamos en la esquina de su calle. Por ella se perdió la sombra gloriosa del que D. Nicolás Fernández de Moratín llamó torero insigne. Antonio DIAZ-CAÑABATE.

ORTIZ

Líquida sus modelos por fin de temporada

en

PELETERIA ALCALA

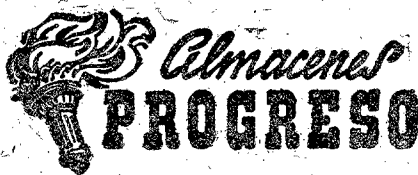
(ALCALA, 94)

Ultimos modelos con pieles de primera calidad. Astracanes, Agneau, Garras, etc.

en estos días...

GRAN VENTA

remate
artículos de
INVIERNO



TIRSO DE MOLINA, 15 • AVENIDA REINA VICTORIA, 6 • GLORIETA DE QUEVEDO, 3
ALCALA, 123 • BRAVO MURILLO, 228

HIPOTECAS

sobre urbanas inmediatamente.
EXCLUSIVAS ARELLANO. Monterá, 10-12
Teléfono 231 70 54

TELEVISORES

Pequeños plazos; 31 meses, sin entrada.
Demostraciones a domicilio. 225 98 20.